

LAS GRANDES PREGUNTAS DE LA VIDA ESPIRITUAL

Swami Paratparananda¹

24-10-1972

Este mundo es como una escuela en que cada ser humano aprende las lecciones de su vida, sea espiritual o secular. Algunos las aprenden de un modo duro, o doloroso, mientras que otros, de un modo más fácil, aprovechando la experiencia de los que siguen o han seguido la carrera particular por la que ellos quieren andar. Los primeros pasan por penosas experiencias a través de toda su vida antes de comprender lo que es bueno para ellos. Pero todos tienen que aprender la lección para tener éxito y salir para siempre de la escuela de este mundo. Esto es especialmente cierto en la vida espiritual. Los problemas que enfrenta el aspirante de la vida espiritual son muy sutiles y requieren una mente aguda y penetrante para resolverlos. Por lo tanto, él debe examinar y discernir los valores de las cosas muy profundamente. Uno de los *Upanishads*, el *Mundaka*, exige del que anhela liberarse esta reflexión. Dice: "Un brahmín, es decir, el que, dedica toda su vida a la religión, habiendo examinado los mundos que se alcanzan por los sacrificios y otros actos meritorios, debe lograr el desapasionamiento ya que no se logra lo no creado, la inmortalidad, por medio de la acción."

Los grandes maestros de esta vida espiritual nos han dejado como legado el profundo y valioso tesoro de sus experiencias, y también han mostrado los peligros que el aspirante de la vida religiosa encuentra en su camino a la liberación. Hubo un tiempo en que las puertas de esas experiencias y enseñanzas estaban cerradas para el hombre común, se abrían únicamente para los creyentes de las doctrinas de un maestro o religión particular, es decir, se revelaban esas enseñanzas a los que seguían un maestro o una religión dada. Pero hoy en día el caso no es así; casi todas las más secretas enseñanzas se encuentran al alcance de toda la humanidad. El que quiere servirse de esa herencia puede disponer de ella, si sólo tiene aptitud y realmente anhela ver a Dios. Este anhelo es la base fundamental de la vida espiritual, pues sólo entonces el hombre abrirá su corazón para oír acerca de los medios para lograr la meta y evitar los peligros en el camino. El *Brihadaraniaka Upanishad* pone énfasis sobre el oír acerca del Atman, o Ser Supremo, de los labios de una persona que lo ha realizado, o visto. Lo mismo podemos decir acerca de los medios para lograrlo. Primero debemos oír, luego, practicar lo que hemos oído.

Habiendo llegado a la conclusión de que las enseñanzas de los

¹ Swami Paratparananda fue el líder espiritual del Ramakrishna Ashrama, Buenos Aires, Argentina y del Ramakrishna Vedanta Ashrama, Sao Paulo, Brasil (1973-1988).

maestros espirituales nos muestran el sendero hacia la Suprema Realidad y lo alumbran para que podamos seguirlo sin desviarnos, vamos a estudiar algunas de ellas. La vida, en general, hace surgir ante nosotros muchas preguntas, algunas fundamentales o básicas, otras triviales. Las primeras tienen importancia para todos nosotros durante toda nuestra vida; mientras las segundas sólo en momentos particulares en las vidas individuales. Las básicas realmente son las más importantes de la vida. El carácter del hombre y su progreso hacia la liberación dependen de si él ha hallado las contestaciones a ellas o no. Afortunadamente, para obtener las respuestas él no necesita depender de sus propias experiencias e inteligencia, sino que puede recurrir a las de los grandes maestros espirituales. En realidad, el verdadero y permanente bien del ser humano está en liberarse, en romper las ligaduras del mundo; mediante la directa visión de Dios. Y “el camino para lograrla es el que recorrieron los sabios; no existe otro modo de salir de esta red de ilusión, de este mundo de nacimientos, sufrimientos y muertes,” dice uno de los *Upanishads*, el *Shvetáshvatara*.

Buddha fue uno de los sabios más grandes de esta tierra, y ha dejado contestaciones a las preguntas fundamentales, las cuales llegó a descubrir por sus propias experiencias e indagaciones, y valdrá la pena para un aspirante espiritual estudiarlas con cuidado y poner luego los consejos en práctica.

Durante su gira de prédica por la India, cierto día en que Buddha estaba residiendo en el Yetavana, un huerto que pertenecía a uno de sus discípulos hogareños, Anathapindaka, llegó al lugar un deva, ser celestial, bajo la forma de un brahmín; se le acercó e hizo veintiuna preguntas, en cinco grupos de a cuatro, y una aparte. Buddha las contestó en forma breve, casi de aforismos. Esto hace imprescindible que profundicemos sobre esas respuestas. A un examen superficial estas preguntas nos parecerían insignificantes, sin embargo, llevan mucho significado para uno que aspira seguir el sendero espiritual y alcanzar la meta, Dios.

Aquí las enumeraremos. El brahmín preguntó: “¿Cuál es la espada más afilada? ¿Cuál es el veneno más mortífero? ¿Cuál es el fuego más ardiente? ¿Cuál es la noche más oscura?” Contestó Buddha: “Una palabra pronunciada con ira es la espada más filosa”. En aquel entonces no se conocían las armas de fuego; la espada era el arma más utilizada. Sabemos bien que la espada hiere al enemigo, que a veces lo mata, pero una palabra pronunciada con ira rompe hasta la amistad más grande. También hiere al que la pronuncia, porque la ira causa disturbios en su mente y a veces lo deja postrado. Si se examina la raíz de muchas riñas y hasta de las grandes controversias y batallas internacionales, se hallará que las palabras dichas con ira fueron la causa. Buddha dice en el *Dhammapada*, “Que se guarde de la irritación del habla. Que se practique dominio sobre ella. Habiendo

abandonado los errores del habla, que se practique la virtud en ella". Uno de los consejos populares del hinduismo es: "Hablar la verdad, pero la que es dulce". Es decir, no la que hiere. La ira hace desaparecer la dulzura del habla, por lo tanto, como dice el *Dhammapada*, "el que controla su ira naciente, así como a un carro tirado por caballos, a aquel yo llamo un verdadero auriga; los demás sólo tienen las riendas en sus manos, no saben dirigir la carroza."

El habla es un índice del carácter del hombre. Sale de su boca lo que él siempre piensa, y el hombre que pronuncia palabras estando bajo el dominio de la ira destroza su imagen creada con todo empeño y cuidado ante los demás; así pierde el fruto de todo su esfuerzo.

"La codicia es el veneno más mortífero" -dijo Buddha. La base de todas nuestras peleas consiste en codiciar cosas del mundo. El que está sujeto a la codicia, no se satisface nunca. Como el veneno, poco a poco corroe todos los sentimientos más tiernos de su corazón, olvida hasta el parentesco más cercano y quiere adquirir a toda costa lo que le da placer. Inventa razones para justificar su actitud; así, gradualmente se aleja del prójimo y también de Dios. Dice Sri Krishna en el *Bhagavad Guita*: "El que rumia o piensa en los objetos mundanos, llega a aferrarse a ellos. De este apego nacen los deseos, y del deseo se manifiesta la ira y ésta confunde al hombre, y la confusión quiebra la facultad del discernimiento, y de ahí, perece." Vemos así cuán dañina es la codicia.

Dijo Buddha: "La pasión es el fuego más ardiente." El fuego material sólo quema las cosas del mundo, los objetos externos. Con un poco de cuidado se pueden evitar las quemaduras; uno puede salvarse aun de una casa en llamas huyendo de ella, pero la pasión es un fuego interno y persigue al hombre doquiera que él vaya, y reduce a cenizas todas sus buenas resoluciones y sentimientos si no lo apaga con firme discernimiento y pensamiento de Dios. El continuo pensar en Dios es el único modo de apagar este fuego interno; apaciguándolo mediante la satisfacción de la pasión, como aconsejan algunos, nunca se apaga. Hay un dicho sánscrito que afirma esto: "No se tranquiliza nunca la pasión satisfaciéndola; por el contrario, arde con mucha más fuerza, del mismo modo que el fuego en el que se vierte manteca derretida." Es por eso que Buddha califica la pasión como el fuego más ardiente.

"La ignorancia es la noche más oscura", contestó Buddha. En la oscuridad de la noche no se ve bien nada y, como consecuencia, se consideran las cosas dañinas como buenas y viceversa. Se toma por una serpiente una soga que está en el camino y se espanta. Asimismo, la ignorancia acerca de la realidad y valores de las cosas enreda al ser humano alucinándolo y haciéndole tomar por real lo que no lo es. La verdadera Realidad es Dios; todo lo demás es ilusorio, de poca duración.

Este es el Conocimiento. Lo opuesto es la ignorancia. Es esta ignorancia la que una y otra vez impele al hombre a cometer errores y luego sufrir las consecuencias, como nacimiento, sufrimiento y muerte. Por consiguiente, el que anhela liberarse debe deshacerse de ella por el firme discernimiento entre la Realidad y la irrealidad, porque, así como en la noche oscura uno cae inadvertidamente en los pozos del camino, o se desvía de él, asimismo uno se desvía del sendero espiritual o cae víctima de las atracciones mundanas debido a la ignorancia.

El brahmín preguntó: “¿Quién logra el beneficio más grande?” Buddha contentó: “Aquel que da a los demás es el más beneficiado.” El dar es una cosa noble, el dar sin motivo ulterior, sin esperanza de recompensa, es aún más notable. El hombre puede dar cuatro clases de cosas, a saber: el alimento, la vida - rescatando a alguien de un peligro inminente-, la educación, y, por último, la espiritualidad. Buddha dice: “Todos aman al hombre caritativo; se estima mucho su amistad; en el momento de la muerte el corazón de este hombre se encuentra tranquilo y lleno de alegría, porque no padece arrepentimiento alguno; goza de la flor y fruto de su recompensa. Es difícil comprender esto -continúa Buddha- que regalando nuestra comida obtenemos más fuerza; que dando ropas al prójimo logramos más hermosura; que estableciendo moradas de pureza y verdad, adquirimos grandes tesoros.” La idea común de que la cosa proporcionada a otro es una pérdida, es una equivocación, porque el dador sin motivo se ennoblece, cultiva el desapego y aprende a salir del egoísmo, que en verdad es un impedimento muy grande en el sendero espiritual. El inegoísmo consiste en ampliar la visión y expandir el corazón hasta incluir en él todo el universo. Por lo tanto, todas las religiones insisten en la caridad. Swami Vivekananda dice: “No hay virtud más elevada que la caridad. El hombre más innoble es aquel cuyas manos se extienden para recibir; y es el hombre más elevado aquel cuya mano se extiende para dar. La mano fue creada para dar siempre. Dad el último pedazo de pan que poseáis aun que estéis hambrientos; seríais libres en un momento si murierais de hambre alimentando a otros. De inmediato seríais perfectos, os convertiríais en Dios.”

La pregunta siguiente del brahmín fue: “¿Quién sufre la mayor pérdida?” Buddha contestó: “Aquel que recibe de la gente sin recompensarla, es quien sufre la pérdida más grande.” Parece una declaración paradójica, pero si examinamos más hondamente encontraremos que no es así. ¿Que ocurre con el que recibe? Él somete su libertad al dador. Cada vez que éste quisiera algún servicio del primero y lo mandara llamar, él tendría que dejar todo su trabajo y responder al llamado, perdiendo así su libertad. ¿Qué pérdida es más grande que la de la libertad? Además, el que recibe se siente humillado. También se acostumbra a depender de la gente y convertirse en ocioso. Una de las virtudes que Patányali, el gran maestro, enumera en sus aforismos de

Yoga, es la no aceptación de obsequios como medio para la limpieza mental del aspirante espiritual. Los sicólogos hindúes opinan que el que recibe participa de las buenas y malas acciones y cualidades del que da; por lo tanto, hasta los monjes discriminan antes de recibir cualquier cosa de una persona. En la vida espiritual, las manchas producidas por recibir regalos de personas no virtuosas, o que encierran determinados motivos personales son consideradas muy dañinas. Por consiguiente debemos tomar mucha precaución en recibir, o, ya que nosotros comúnmente no podemos intuir ni el motivo ni las cualidades del dador, es mejor no recibir nada.

El brahmín preguntó: “¿Cuál es la armadura, impenetrable?” Contestó Buddha: “La paciencia es la armadura más impenetrable.” Esta es una virtud muy grande. Vence a todos los contrincantes y enemigos. Hay un incidente en la vida de Buddha que ilustra esto muy gráficamente. Cierta día, cuando pasaba por una aldea, se encontró con un hombre mundano que viéndolo vestido de mendigo lo insultó de muchas maneras. Buddha oyó todo y luego dijo: “Querido hermano, ¿a quién pertenece un regalo cuyo destinatario rehúsa recibirlo?” El hombre contestó: “Por supuesto, a aquel que lo ofreció.” Buddha entonces replicó: “Yo no acepto tus insultos; quedarán contigo.” El que tiene paciencia no deja perturbar su mente; se mantiene tranquilo y ecuánime en todas las circunstancias. La ecuanimidad le proporciona la facultad de juzgar y valorar las cosas en sus propias perspectivas. Así, la paciencia se convierte como en una armadura impenetrable, y el hombre que la posee no se deja llevar por las pasiones y súbitas emociones. También es considerada una austeridad por los budhistas.

La pregunta siguiente fue: “¿Cuál es la mejor arma?” La respuesta fue: “La sabiduría.” Esta es la que lo capacita a uno para actuar debidamente y sin prejuicio en todas las circunstancias. No consiste en matar al enemigo sino en no tener enemigo alguno en el mundo. Son nuestras palabras y actos dañinos para con los demás los que los convierte en enemigos. Un hombre de sabiduría nunca piensa en hacer daño a nadie; actúa o habla después de mucha reflexión. Su sabiduría le defiende como un arma de los ataques de ira y pasiones similares. Sabe que la Verdad es la única cosa que él debe buscar y lograr, que todo lo demás es pasajero; por consiguiente, la usa para aniquilar todos los deseos y pasiones que están dentro suyo. Sólo esta clase de sabiduría es verdadera, no la que nos capacita para ganar riquezas y cosas por el estilo en este mundo.

El brahmín preguntó: “¿Quién es el ladrón más peligroso?” Buddha contestó: “El ladrón más peligroso es el mal pensamiento.” El ladrón en el mundo roba los bienes de la gente, a veces atacándola hasta matarla. Asimismo, el mal pensamiento destroza todas las virtudes del hombre y

lo dirige hacia un camino vicioso. Todo lo que el aspirante ha logrado por sus arduos esfuerzos durante toda la vida, lo pierde poco a poco debido al mal pensamiento. También roba su tranquilidad. Además, una vez que empiezan los pensamientos malos, tarde o temprano se convierten en un hábito, y sabemos bien cuán difícil es arrancar un hábito formado. Los hábitos en conjunto, es lo que se llama el carácter. Perdiendo el carácter, el ser humano pierde todo; sus amigos y parientes no confían más en él. Vemos así que Buddha tenía razón en calificar al mal pensamiento como el ladrón más peligroso.

La siguiente pregunta fue: “¿Cuál es el tesoro más precioso?” Y la contestación de Buddha: “La virtud es el tesoro más precioso.” El tesoro o los bienes nos dan seguridad en el mundo; uno puede recurrir al tesoro cuando se encuentra en dificultades financieras, le proporciona ciertas comodidades, le provee de alimento, ropa y cosas por el estilo. El tesoro de virtud le proporciona una intrepidez tal que puede enfrentar incluso a la muerte con calma y alegría. Es la base fundamental de la vida espiritual. El que posee ésta, no se siente incómodo en su conciencia. Adherir a la virtud salva a uno de muchos peligros.

El brahmín preguntó: “¿Quién logra el mejor éxito en procurarse beneficio, por la violencia, no solamente en la tierra sino también en los cielos?” Buddha, contestó: “Es el Ser quien puede extraer beneficio por violencia, no tan sólo en la tierra sino también en los cielos.” El sentido de esta pregunta y su respuesta es un poco oscuro. Sin embargo, trataremos de explicarlo según nuestro entendimiento. ¿Cuál es el beneficio más grande? Por supuesto, alcanzar al Ser, la Suprema Verdad, o Dios. El que se considera a sí mismo como el cuerpo, y dedica todos sus esfuerzos a su mantenimiento y confort, nunca puede alcanzar ese Ser; por el contrario, el que después de constantes y continuos esfuerzos ha podido dejar de identificarse con el cuerpo, mente y ego, y considerarse a sí mismo como el Ser, logrando la visión de Dios y viéndolo íntimamente presente en su corazón, extrae el mayor beneficio por violencia, por decirlo así. Para él no queda nada por lograr, ni en la tierra, ni en los cielos, porque otros beneficios, sean aquí o en los cielos, son igualmente pasajeros. Y como Buddha no habla de nada sino del *Nirvana* y los medios para lograrlo, podemos decir que este es el significado de su respuesta. Esto concuerda con la pregunta y respuesta siguiente.

El brahmín dijo: “¿Cuál es el tesoro más seguro?” Respondió Buddha: “La inmortalidad es el tesoro más seguro.” Los ladrones pueden minar y hurtar el tesoro mundano; también pueden surgir riñas entre los hijos para poseerlo, hasta puede causar daño físico o muerte al poseedor; también puede desvalorizarse. ¡Es tan inseguro! No podemos llevarlo con nosotros cuando dejamos de estar con vida, ¡es tan ilusorio! Pero la inmortalidad, una vez que se logra, nunca se pierde. Los ladrones no

pueden quitarla, tampoco los hijos.

La inmortalidad es el tesoro único que el hombre puede llevar consigo después de su muerte. Porque él ha alcanzado al Ser que es permanente, eterno e indestructible. La Inmortalidad significa alcanzar a ver, a sentir, que no somos cuerpos ni mentes ni egos, sino el Ser imperecedero. Alcanzando este estado no queda más por lograr; no volveremos más a esta tierra de nacimientos y muertes; no hay más ir y venir.

La pregunta siguiente fue: “¿Qué es más atractivo?” Buddha replicó: “Lo bueno es lo más atractivo.” En el mundo nos atrae todo lo bello, como por ejemplo, las serenas escenas de un paraje pintoresco y tranquilo. Ocurre aún más con lo que es bueno. La naturaleza cambia y a veces los mismos lugares que parecieron hermosos se convierten en insoportables debido a cambios en el clima u otras circunstancias, pero lo bueno nunca cambia. Podemos pasar horas, días y años contemplando los retratos de los Dios-hombres como Jesús, Buddha, Sri Krishna y Sri Ramakrishna. Porque estos traen a la mente todo el bien que ellos hicieron a la humanidad, no sólo de Su tiempo sino de todos los tiempos. Además, irradian serenidad y bondad. Son los ejemplos más grandes de la vida espiritual. Cuando nos encontramos en situaciones difíciles o trastornos mentales, con su contemplación recordamos Sus palabras de aliento y fuerza. Hay un incidente en la vida de Sri Ramánuya que nos muestra con claridad que lo bueno sólo lo encontramos en lo Eterno, nunca en lo efímero. Cierta vez, cuando se llevaba la imagen de Dios en procesión en cierta ciudad de la India, Sri Ramánuya vio a un hombre prestar mucha atención a una mujer, protegiéndola del sol con una sombrilla con mucha ternura olvidándose todo de Dios, y de la posible crítica de su actitud. Después que hubo terminado la procesión, Ramánuya se le acercó al hombre y le preguntó: “Buen hombre, ¿qué es lo que te atrae en esa mujer?” Respondió el hombre: “Me atraen sus grandes y brillantes ojos; me han hechizado.” Oyéndolo, Ramánuya le dijo: “Ven conmigo, te mostraré unos ojos mucho más encantadores y no mortales.” Y lo llevó al templo y le mostró la imagen. La fuerza espiritual de Sri Ramánuya y la belleza de la imagen dejó tal impresión en el hombre que nunca más volvió a ver a esa mujer. Se hizo su discípulo y dedicó su vida para lograr la visión de Dios. También encontramos un pasaje en el *Katha Upanishad* donde el maestro dice al discípulo: “Dos clases de objetos siempre rodean y persiguen al hombre: lo bueno y lo agradable. Todo es auspicioso con el que elige lo bueno. Por otra parte, el que elige lo agradable pierde su meta.” Lo agradable es momentáneo y casi siempre se vuelve desagradable. El mundo no nos puede proporcionar cosas eternamente agradables. Lo bueno es lo espiritual. Por lo tanto, es lo que debe ser más atractivo para un ser discerniente.

El brahmín preguntó: “¿Qué es lo que causa más disgusto?”

Respondió Buddha: “Lo malo es lo que causa más disgusto.” Sabemos esto bien. Evitamos la mala compañía, cosas sucias, como algo desagradable; algo peligroso; algo insalubre. Debemos tener mucho cuidado con lo malo, porque la tendencia del ser humano es siempre buscar los medios fáciles y cómodos para llevar la vida. Y muchas veces, esto conduce al hombre inadvertidamente al mal camino. Sabemos bien cuán agotador es salir de una costumbre viciosa. Teniendo esto en cuenta, debemos poner esmero en nuestras acciones diarias, para que ellas no nos metan en el laberinto de ignorancia.

El brahmín preguntó: “¿Cuál es el dolor mas horrible?” Contestó Buddha: “Una conciencia manchada es el dolor más atormentador.” La conciencia se mancha cuando uno hace algún acto contrario a las reglas, costumbres o leyes sociales o jurídicas. Además teme ser descubierto y castigado. Vive en el temor toda su vida; pierde la confianza incluso en los más íntimos amigos y parientes; pero a veces ocurre que el acto repetido amortece la conciencia, es decir, amengua su viveza, y esto es muy pernicioso para la vida espiritual. La conciencia limpia es imperativa para lograr la visión de Dios.

Luego el brahmín preguntó: “¿Cuál es la alegría más elevada?” Respondió Buddha: “La dicha de la liberación es la alegría más elevada.” Todos nosotros nos encontramos circunscriptos, limitados, por el ambiente, por los deberes y obligaciones y cosas semejantes. Anhelamos la libertad porque, inconscientemente, sabemos que la felicidad está en la dicha de la liberación; pero casi siempre creemos que podemos lograrla teniendo uno u otro objeto. Sin embargo, adquiriéndolo percibimos que estamos tan lejos como siempre de la dicha. No hay dicha eterna e imperecedera en cosas del mundo. Son muy pocos los que comprenden esto desde el comienzo de su vida; la mayoría de la humanidad quiere experimentar por sí misma. Como consecuencia atraviesa el océano de sufrimientos y trastornos. La liberación dichosa se encuentra sólo en la unión con Dios. Cuando el hombre, olvidando todas sus preocupaciones y las llamadas felicidades mundanas, llega a comprender esto, sólo entonces dedicará su vida al logro de esta liberación.

La pregunta siguiente fue: “¿Qué causa la ruina en el mundo?” La respuesta fue: “La ignorancia.” La ignorancia es un obstáculo muy grande que nos muestra todo al revés, a la Verdad como falsa y a la falsedad como verdad; lo bueno como lo malo y viceversa. Así nos desvía del camino recto. Todos nuestros trastornos tienen por base la ignorancia, porque nos ha obligado a tomar por real lo que no lo es. Nos aferramos a las cosas fugaces debido a esta ignorancia. Y eso es lo que causa nuestra ruina, en el sentido espiritual en este mundo. Este mundo es el único lugar en el que el ser humano o hasta los seres celestiales pueden tratar de liberarse. Según los hindúes, aun los cielos son solo lugares

impermanentes de goce, donde el ser disfruta de las acciones buenas o meritorias que él ejecuta en el mundo. Después que acaban los méritos él vuelve a esta tierra para sufrir de nuevo todos los resultados de las malas acciones o intentar lograr la liberación. Por consiguiente, el que teniendo esto cuerpo humano lo malgasta en los placeres olvidando su única meta, Dios, sólo causa su ruina.

El brahmín preguntó: “¿Qué quiebra la amistad?” Replicó Buddha: “La envidia y el egoísmo, o el interés personal.” La envidia surge en el corazón del hombre cuando ve a otro gozando de salud, bienes y posición más que él mismo. Esto ocurre aun cuando los afortunados son íntimos amigos o queridos, y, como consecuencia, el desgraciado deja caer algunas palabras de sus labios o asume una conducta que muestran esta envidia, y así, quiebra la amistad. Lo mismo sucede con el interés personal. Swami Vivekananda dice: “El egoísmo es el diablo encarnado en el hombre. Aun un poco del ego, del interés personal, es todo diablo. Sacad fuera el egoísmo por un lado y Dios entra por el otro. Cuando se quita por completo el ego, queda sólo Dios. La luz y la oscuridad nunca pueden estar juntas.” El egoísmo reclama todo cuanto hay en el mundo para sí mismo. A un hombre egoísta no le importa nada lo que suceda con la gente; siempre insiste en sus comodidades hasta dejar postrados a los que le rodean. Esto es lo que causa quebranto en la familia y corroe la amistad entre los amigos o entre las naciones. Esto es lo que aparta al hombre del prójimo y también de Dios. Ese egoísmo surge de la idea del individualismo, en el que no hay lugar para el pensamiento que el mundo es la manifestación de Dios, que no hay nadie extraño aquí.

El brahmín preguntó: “¿Cuál es la fiebre más violenta?” Respondió Buddha: “El odio.” Aun la fiebre más violenta causa daño sólo al cuerpo de una persona que la sufre, causa muchos desarreglos en él; pero el odio es más poderoso, engendra catástrofes nacionales e internacionales. Siendo así es penoso ver que algunos lo cultivan asiduamente y lo inculcan en sus hijos. No existe bestia alguna que pueda actuar peor que un hombre poseído por el odio. Esta fiebre es casi incurable, y espiritualmente, mata al que la padece. Esto ocurre porque este hombre ha olvidado que es su Ser que se manifiesta en todos los seres. Odiar a los demás es igual que odiarse a sí mismo, y causa no tanto daño a la gente como a sí mismo; pues el que odia pierde su ecuanimidad mental y, como consecuencia, nunca logra la tranquilidad. Por lo tanto, Buddha lo califica como la fiebre más violenta.

La pregunta siguiente fue: “¿Quién es el mejor médico?” Buddha contestó: “El Iluminado.” El Iluminado es el que ha experimentado la Suprema Verdad. Buddha vio los sufrimientos en el mundo y buscó las causas que lo producen. Teniendo la Iluminación, percibió claramente cuáles eran ellas. Luego difundió Su mensaje al mundo, que padecía

trastornos y enfermedades mundanales. Todos los Dios-hombres, como Jesús, Buddha, Sri Krishna, Sri Ramakrishna, eran Iluminados. El médico cura sólo la enfermedad del cuerpo, pero los Iluminados atienden a la enfermedad mundanal de la cual la humanidad sufre. ¿Cuál es la enfermedad mundanal? La ignorancia y sus efectos: el aferrarse a las cosas fugaces, el olvido de la Suprema Realidad y el sufrimiento a causa de ello. Teniendo la iluminación, el ser humano se libra de toda esta enfermedad. Por lo tanto, Buddha llama al Iluminado, como el mejor médico.

Entonces el deva en la forma del brahmín, dijo: “Ahora tengo una sola duda: ¿Qué es lo que el fuego no puede quemar, ni la humedad corroer, ni el viento destruir, sino que, por el contrario, puede reformar al mundo entero?” Buddha contestó: “La bendición. Ni el fuego, ni la humedad, ni el viento, puede destruir las bendiciones de un acto bueno; más aún, reformará al mundo entero.” Son los actos buenos los que nos salvan de este mundo de sufrimientos y muertes. El bienhechor es una bendición para esta tierra. La benevolencia de sus actos no excluye a nadie. La bendición de esos actos buenos no puede ser destruida de ninguna manera. Son esas bendiciones las que reforman, no solamente al individuo, sino también al mundo entero. La gente aprende el valor de las buenas acciones viendo sus resultados, y también al que las ha ejecutado. Reuniones y sermones para mostrar cuál es la vida digna de un hombre están bien, pero no dejan ninguna impresión en los oyentes si no se practica lo que se predica. El hombre común siempre necesita de un ejemplo para imitar. Esto es mucho más cierto en la vida espiritual. Los Dios-hombres, santos y sabios son los ejemplos de la vida espiritual.

Vamos a resumir: la ira, la codicia, la pasión, la ignorancia, la envidia, el odio, son los enemigos del hombre. La generosidad, la paciencia, la sabiduría, la virtud, son los amigos de un aspirante espiritual. Una mente limpia y los buenos actos son los medios para lograr la inmortalidad, la dicha más elevada de liberación. Una persona iluminada, vale decir, que ha logrado la liberación, es el mejor guía.

Que profundicemos en esas enseñanzas de Buddha y que Dios nos dé fuerza para ponerlas en práctica.
